

ESTHER ORTAS DURAND

Aragón no constituyó precisamente el objetivo central de los viajeros dieciochescos y decimonónicos por España, y, de hecho, muchos de los visitantes extranjeros de la región la atravesaron en el transcurso de sus trayectos entre Madrid y Barcelona. La preeminencia de tal ruta parecería dejar La Jacetania fuera de la mirada de estos curiosos impertinentes, pero dicho papel periférico no significa una exclusión absoluta: viajeros ilustrados, militares, excursionistas de los Pirineos, autores de viajes *pin-torescos* y otros visitantes se acercaron a la zona y dejaron constancia, a veces brevísima y otras más extensa, de su paso por la comarca.

Las noticias sobre La Jacetania que destilan estos libros no suponen a veces sino meras alusiones colaterales sin mayores pormenores. Éste es el caso de Langle, cuya relación viajera de 1784 penetraba en la Península por Sallent, que “no es nada” (p. 2)¹, y atravesaba la llanura de Biescas, camino de Huesca. En esta misma línea, Larra se limita a comentar los avatares materiales de su tránsito fronterizo en 1835 por Oloron, Canfranc y Jaca (pp. 126b-127a).

Por su parte, algunos viajeros ilustrados se ocuparon de la recogida de datos sobre la realidad socio-económica de la zona con el fin de proponer medidas para el progreso nacional. En la Jacetania de 1792 que retrató Beramendi “no hay disposición para crías de ganados [...], pero, sin embargo, hacen algún uso los pueblos, cada uno en la parte que le es posible, y las sobrantes las arriendan los ganaderos de los partidos de Jaca y de Benabarre en la temporada del invierno, cuando tienen los montes cubiertos de nieve” (p. 108); y el oficial de Hacienda observó también cómo en todos estos partidos oscenses las fábricas de lana “son tan antiguas como los mismos pueblos, y sin duda se establecieron por la necesidad de haber de dar salida a

1. Todos los textos citados lo son en español, de manera que la autora ofrece directamente su traducción de los fragmentos seleccionados que corresponden a originales en otras lenguas. En el caso de los textos redactados por sus autores en español que así lo requieran, se moderniza la ortografía a fin de facilitar su lectura. Asimismo, cada referencia va acompañada de las páginas en que ésta aparece en las respectivas obras, cuyos datos completos pueden verse en el apartado 1 de la bibliografía final.

esta primera materia y de procurarse ocupación los naturales” (p. 109). Laborde también reflejó la actividad económica de la zona en torno a 1800-1805: consignó los 5.450 quintales que se producían en todo el partido de la que él juzgaba bella, larga y fina lana de Aragón (t. II, II, p. 57), así como la importancia de la manufactura de medias en la comarca; cuantificó la importancia del comercio del trigo (t. II, II, p. 62); apuntó las posibilidades que ofrecían vinos como el excelente del Somontano si su exportación fuera fácil (t. II, II, pp. 54 y 64); y se refirió a los mármoles que se encontraban en las montañas de Jaca, Hecho y Canfranc (t. II, II, p. 70).

La observación y anotación exhaustiva de lo visitado que se exigía al buen viajero ilustrado para asegurar el aprovechamiento de su itinerario se puede perseguir igualmente en los manuscritos de los diarios del viaje de 1794 hecho por Zamora, donde cupieron tanto la enumeración de las poblaciones que componían los valles de la zona como la estructura administrativa o jurídica de las mismas, los datos sobre el funcionamiento de los baños de Panticosa que “no son concurridos por no tener comodidad” (p. 223) o el retrato de las cascadas heladas de su entorno cuya “brillantez y rareza de figuras” era “objeto agradable en extremo” (p. 219).

Los avatares de la Guerra de la Independencia determinaron fuertemente la visión ofrecida por los visitantes de ese periodo. Diversos viajeros se refirieron fundamentalmente a la situación bélica de la Jacetania y su valor estratégico. Así, las memorias de Suchet daban noticias sobre la ocupación de Jaca y su ciudadela en marzo de 1809, asalto que se emprendió aprovechando “el terror y el abatimiento que la caída de Zaragoza habían extendido en la región” (t. I, p. 7), y testimoniaban cómo la defensa del control galo sobre esta plaza fuerte ocupó al oficial francés (t. I, p. 54 y t. II, p. 9); en este contexto, el ojo del mariscal no contempló el monasterio de San Juan de la Peña sino como una posición formidable, “depósito principal (...) y punto de apoyo” (t. I, p. 54) que se disputaba con el enemigo. Idéntica perspectiva militar mostraron Gonneville, al aludir a la misión secreta que lo llevó en 1812 a Jaca (pp. 238 y 242-243), o Bory de Saint-Vincent, al anotar cómo estuvieron encargados de aprovisionar a principios de 1814 la plaza de Jaca, “único punto que mantenía todavía Francia durante esa gloriosa campaña en que el mariscal Soult disputaba cuerpo a tierra la tierra de la patria, y que no tardó en escapárenos” (p. 616).

En otras ocasiones, sin embargo, la pluma del transeúnte en época de contienda se detuvo en una experiencia más personal de su paso por la comarca. Así, la relación que el duque de Osuna hizo de su evasión de Francia en agosto de 1808 consignaba el recibimiento entusiasta que le ofrecieron en Sallent, “en medio de un tiroteo continuado, un repique general” (p. 35) y reconocía “las honras que debía” (p. 36) a Jaca, ciudad donde autoridades civiles y eclesiásticas lo entraron “como en triunfo, en medio de un tropel inmenso de gente” (p. 36). Mención aparte merece en este sentido Hautefort, cuyas vivencias quedaron marcadas por una doble línea temporal y vital: por un lado, la de la evacuación de 1813, en la que Jaca “nos pareció como una tierra accesible que se descubre ante las miradas de una tripulación naufragada” y los Pirineos se saludaban “con clamorosos transportes de alegría” (pp. 391-392); por otro lado, la del que retornó en 1814 sin la



Litografía de Francisco Javier Parcerisa de la muralla de Jaca en *Recuerdos y bellezas de España*, obra destinada a dar a conocer sus monumentos, antigüedades, y vistas pintorescas en láminas dibujadas del natural y litografiadas por F. J. Parcerisa y acompañadas con texto de José María Quadrado. La edición es de 1844 y la parte correspondiente a Aragón ocupa el volumen II

presión de la guerra y pudo detenerse en la descripción de la ciudad (pp. 413-415), y en la ponderación estética de esa ubicación que deja al transeúnte asombrado, “después de haber viajado durante una jornada a través de rocas casi inaccesibles, de descubrir de repente el bello valle de Jaca” (pp. 412-413). El visitante galo intentó incluso explorar unas cavernas de los alrededores, a lo que renunció tras sufrir “diversas caídas” cuando iba “a pie escalando a las rocas suspendidas en lo alto de los precipicios” (p. 419); y en Canfranc disfrutó de la hospitalidad del alcalde, se complació en ver cómo cenaban y hablaban pastores y jornaleros (pp. 420-421) y presencié alguna de las costumbres festivas de la villa:

“Los habitantes de Canfranc, al final de la siembra, se entregan a diversiones muy singulares que se prolongan durante tres días: visten grotescamente un maniquí, lo colocan a horcajadas a caballo y lo pasean sin cesar a lo largo del pueblo, armando un jaleo espantoso y disparando frecuentemente sus escopetas. Estos festejos públicos se remontan indudablemente a tiempos lejanos”. (pp. 418-419).

La nómina de viajeros que se acercaron a La Jacetania aumentó notablemente a partir de los años 30 del siglo XIX. En 1834, en plena contienda carlista, el único paso libre entre Francia y España era la ruta que llevaba de Zaragoza a Olorón por Jaca

y Canfranc. Por ella transitó el afamado hispanista y entonces enfermo de cólera Viardot, quien, en el camino de Ayerbe a Jaca, sintió que una “bella noche en medio de esa bella naturaleza, ese baño de aire salubre al salir de la epidemia” producían en él “un efecto tan rápido, tan saludable, tan prodigioso, que muy bien puedo llamarlo resurrección”, hasta hacer “renacer a la vez mi cuerpo y mi alma” (p. 20). Como las murallas de Jaca “estaban todavía mejor cerradas al cólera que a don Carlos” (p. 21), Louis Viardot sólo encontró refugio y hospitalidad en Canfranc. Por este pueblo entró precisamente en España en 1835 John Moore, que ofreció una deliciosa y detallada descripción de una posada en Anzánigo, donde degustó el puchero de garbanzos con chorizos, bebió excelente vino (vol. I, pp. 9-10), y contempló cómo, al ritmo de guitarra, violín y triángulo, los otros “agitaban sus brazos graciosamente, y realizaban un buen número de curiosos pasos y evoluciones”; tan cautivado quedó por lo que veía y tal fue la cordialidad hacia él que acabó por entrar “de lleno en el espíritu de la escena” (vol. I, p. 11), bailar la jota (vol. I, p. 12) y gritar “¡Vivan los Aragoneses!” (vol. I, p. 14). También Dembowski retrató el ambiente de las posadas, en este caso las canfranquesas, donde se comentaban los detalles de la ejecución de tres suboficiales comprometidos en una conspiración carlista en Jaca, y el jefe de la aduana “hizo un elogio, cómico a más no poder, del arrojo y de la cortesía de los contrabandistas de la *sierra*” (p. 4) y reconoció que nunca se había enfrentado con ellos. Este mismo viajero vio en febrero de 1838 acampados fuera de Jaca “los restos de la desgraciada legión extranjera”, abandonados a su suerte, y lamentó la situación “de aquellos hombres sin patria” (p. 5). Por su parte, la relación del itinerario que realizó D’Alaux de Canfranc a Jaca reflejó por extenso el

aspecto que presentaba y las sabrosas anécdotas que le contó un grupo de estudiantes “de decimosegundo año” que iba tocando la guitarra de pueblo en pueblo y cuyas quejas, “expresadas en la jerga pintoresca y burlesca de la escuela, tenían para mí todo el interés de un verídico esbozo de costumbres” (p. 576).

La mirada y la pluma de los viajeros se detuvo en las personas y costumbres de la Jacetania como en sus paisajes. Así, el anónimo autor de *A Summer in Spain* apeló al conocimiento que sus lectores tuvieran de los viajes por Suiza para ponderar lo “escarpado y fatigado” (p. 142) del final de su trayecto a Jaca en 1835. Una perspectiva distinta de dicho entorno es la



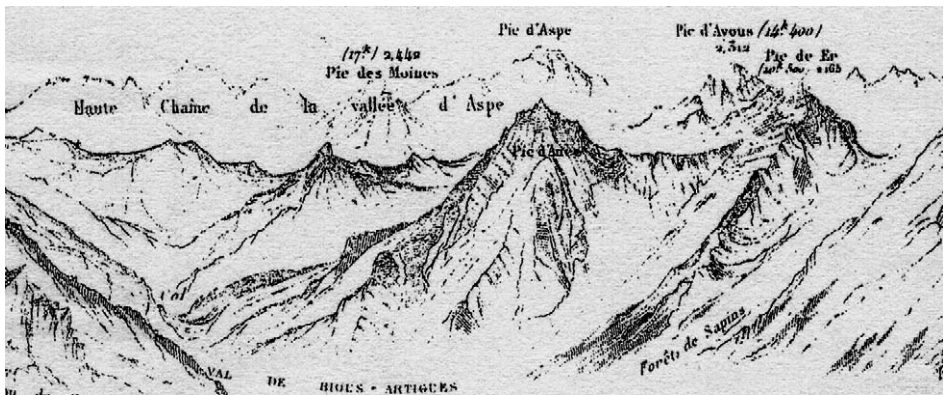
La evocación nostálgica que emanaban las ruinas, especial atractivo para artistas románticos. Estampa de los restos del monasterio de Santa Cruz de la Serós

ofrecida por el viajero botánico: aunque no realiza una observación ni herborización sistemática de la comarca, Boissier anotó cómo el boj estaba “igualmente aquí muy expandido” y “antes de bajar a Jaca, crecía abundantemente la *genista horrida* en un césped bajo y apretado” (vol. I, p. 180). Viajeros y excursionistas pirenaicos destacaron las impresiones estéticas que producían estos parajes, como hizo Paris al anotar el “carácter terriblemente salvaje y fiero” (p. 218) del camino que conducía hasta los baños de Panticosa, que daban acomodo durante la temporada a unos 800 visitantes; el autor anotó asimismo cómo una incesante tormenta de “tropical violencia”, truenos, lluvia y relámpagos “de un exquisito color rosado” (p. 220) los tuvo bloqueados durante 4 días. Como también harían años después Willkomm, al referirse a su “pintoresca cascada” (t. I, p. 336), o Cénac-Moncaut. Pfenkler d’Ottenstheim se sumó a este ensalzamiento del espectáculo paisajístico de Panticosa:

“Allí se ve una escena tan grande y tan bella, que sin contradicción hay pocas en los Pirineos que se le puedan comparar. El camino que conduce a estos sitios es una garganta profunda y tortuosa, en cuyo fondo el torrente se lanza impetuosamente de precipicio en precipicio, formando numerosas cascadas; algunas de estas son de una grandeza y hermosura sorprendente, como la de Ceriset: lo que admira no es solamente la caída del agua, sino también los arco-iris que se forman cuando el sol hiera con sus rayos el fondo de estos vaporosos precipicios”. (p. 166).

Precisamente el médico austriaco fue uno de quienes encarecieron la excelencia del balneario, cuyas aguas sulfurosas consideraba “rivales de las de Cauterets” (p. 164). Mediado el siglo, el francés Bégin consignaba cómo las aguas minerales que manaban en Panticosa y una veintena más de lugares poseían “cualidades exactamente iguales que las de nuestras fuentes pirenaicas” (p. 131), y Ziegler apuntaba que “esta ya ampliamente conocida estación termal goza a este respecto de instalaciones adecuadas y una situación romántica, y en los últimos años de un gran clientela” (vol. II, pp. 232-233).

El célebre *Manual para viajeros por España* (1845) de Ford consignaba con detalle todos los posibles itinerarios que el visitante podía emprender en el entorno de Jaca, rutas éstas plagadas de paisajes pintorescos y románticos (t. II, pp. 980 y ss.), y ofrecía una extensa relación de la historia legendaria de la fundación del “pintoresco y en ruinas monasterio benedictino de San Juan de la Peña”, que pasó a ser “cuna rocosa de la monarquía” (t. II, p. 979b) al igual que Covadonga lo hizo en Asturias. Richard Ford recuerda con Suchet que el edificio se convirtió en “objeto de superstición popular” y cómo los invasores galos “incendiaron el monasterio, arrasándolo hasta sus mismos cimientos, y con él los preciosos manuscritos y archivos de las primitivas libertades aragonesas” (t. II, p. 980). La referencia del *Manual* a “la curiosa forma de los arcos y el claustro” cuya “posición recuerda en cierto modo los templos construidos en la roca de Petra” (t. II, p. 980) no constituye, desde luego, la única valoración de la arquitectura de ese monasterio que



Las montañas del Pirineo, objetivo de viajeros, curiosos y montañeros. (Fragmento del “Panorama de la chaîne des Hauts et Basses Pyrénées. Vue générale prise du sommet du Pic de Ger”, dibujo de Victor Petit, grabado de Gérin. Del *Itinéraire général de la France. Les Pyrénées*, Paul Joanne, París, 1886)

Willkomm juzgó “tan interesante para el naturalista como para el historiador” (t. I, p. 296). Mellado, que —como Ford, Quadrado (pp. 195 y ss.) o Balaguer (pp. 186-234)— relató la leyenda de su origen (t. II, 4ª parte, pp. 50-51), lo retrató con detalle, señalando que “no tiene otra bóveda ni tejado sino la misma peña” y describiendo la “capilla suntuosa construida de ricos jaspes” que es el panteón real, al tiempo que daba noticia del monasterio nuevo, que poseía “una buena fachada, aunque churrigueresca, con tres portadas y dos torres” (t. II, 4ª parte, p. 52).

Otros monumentos de La Jacetania merecieron la atención de los viajeros. Minuciosamente describió Quadrado la catedral de Jaca, que “aislada y robusta muestra (...) en toda su pureza las formas bizantinas y el color sombrío de su exterior” (p. 175); en la pluma del autor, el encomio de cómo “en la puerta que conduce al claustro desplegó el arte gótico toda la elegancia de sus molduras y arabescos” (p. 179) podía convivir con la crítica del retablo moderno de la capilla mayor y sus “chillones frescos” (p. 178). Por su parte, Mellado destacaba como edificio de mayor importancia de la capital jacetana “su fortísima y hermosa ciudadela”, de forma pentagonal, “de buena y sólida construcción” y con “todos los almacenes, cuarteles y demás dependencia propias de su objeto” (t. II, 4ª parte, pp. 49-50). En casi cualquier construcción de la zona el transeúnte podía rastrear las huellas de un pasado remoto y hasta legendario: “No hay edificio que no tenga su historia, peña que no recuerde una tradición, sitio que no haya dado origen a una crónica” (Balaguer, p. 235).

Nuestros visitantes supieron en primera persona que, además de la palabra, la imagen plasmaba eficazmente los lugares visitados, y diversos viajeros esbozaron representaciones plásticas en el curso de su itinerario. Así lo hizo en 1842 Paris al dibujar el entorno de Panticosa; por su parte, el pintor Dauzats introdujo bosquejos y reproducciones de los edificios más notables de la Jaca de 1836 en su cuaderno de viaje, que le acompañó durante sus itinerarios a la búsqueda de lienzos españoles para lo que luego sería el Museo Español de Luis Felipe de Orléans. Esta vertiente visual se potencia decisivamente en el caso de esos *viajes pintorescos*

plagados de ilustraciones, tales como los *Recuerdos y bellezas de España*, en los que las palabras de Quadrado y las litografías de Parcerisa se aunaron y complementaron para erigir un retrato lingüístico y plástico de la catedral de Jaca, la Peña Oroel, el monasterio de San Juan de la Peña o esos trajes que constituían el “monumento más duradero” (p. 189) de Ansó.

Baste este sucinto panorama para rastrear las huellas de algunos viajeros por la Jacetania dieciochesca y decimonónica. A partir del último cuarto del siglo XIX, y singularmente en el siglo XX, nuevas oleadas excursionistas y pirineistas darían un nuevo impulso a los desplazamientos por la comarca. Pero éstos son ya otros itinerarios.

Bibliografía:

Textos de viajeros citados

- BALAGUER, Víctor (1896): “San Juan de la Peña. Su historia y sus tradiciones”, en *A granel. Libro de pasatiempo y deporte*, Madrid, Tipografía de “El Progreso Editorial”, pp. 179-276.
- BÉGIN, Auguste-Émile (1852): *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*, Paris: Belin-Leprieur et Morzot.
- BERAMENDI y FREIRE, Carlos (1792): *Apuntaciones de algunos viages a varias provincias de España por lo tocante a su industria, agricultura y comercio*, (...), t. II, vol. I, manuscrito 22.177 de la Biblioteca Nacional de Madrid.
- BOISSIER, Edmond (1839-1845): *Voyage botanique dans le Midi de l'Espagne pendant l'année 1837*, Paris: Guide et Cie. Libraires Éditeurs, 3 vols.
- BORY DE SAINT-VINCENT, Jean-Baptiste (1823): *Guide du voyageur en Espagne*, Paris: Louis Janet Libraire.
- CÉNAC-MONCAUT, Justin-Édouard (1861): *L'Espagne inconnue. Voyage dans les Pyrénées, de Barcelone à Tortosa* (...), Paris.
- DAUZATS, Adrien (1967): *Carnets d'Espagne*, en Paul GUINARD, *Dauzats et Blanchard, peintres de l'Espagne romantique*, Bordeaux: Féret et Fils Éditeurs, pp. 193-202.
- DEMBOWSKI, Charles (1841): *Deux ans en Espagne et en Portugal pendant la guerre civile, 1838-1840*, Paris: Librairie de Charles Gosselin.
- FORD, Richard (1845): *A Hand-Book for Travellers in Spain, and Readers at Home* (...), London: John Murray, 2 ts.
- GONNEVILLE, Aymar-Olivier Le Harivel de (1875): *Souvenirs militaires du colonel de Gonnevillle*, Paris: Librairie Académique Didier et Cie.
- HAUTEFORT, Charles-Victor (1820): *Coup d'oeil sur Lisbonne et Madrid, en 1814* (...), Paris: Delaunay.
- LANGLE, Marquis de] (1784): *Voyage de Figaro, en Espagne*, Saint Malo: (s. i.).
- LARRA, Mariano José, “Fígaro de vuelta. Carta a un su amigo residente en París”, en *Obras*, ed. de Carlos Seco Serrano, Madrid: Atlas, B.A.E. t. CXXVIII, vol. II, pp. 126-127.
- MELLADO, Francisco de Paula (1849): *Guía del viajero en España*, 4ª ed., Madrid: Establecimiento Tipográfico/Gabinete Literario.
- MOORE, John (1845): *Scenes and Adventures in Spain from 1835 to 1840*, London: Richard Bentley, 2 vols.
- OSUNA, duque de (1812): *Evasión del Duque de Osuna de Francia* [...], Cádiz: Imprenta de Niel hijo.
- PARIS, Thomas Clifton (1843): *Letters from the Pyrenees during Three Months' Pedestrian Wanderings amidst the Wildest of the French and Spanish Mountains in the Summer of 1842*, London: John Murray.

- PFENDLER D'OTTENSHEIM, G. Frank (1848): *Madera, Nice, Andalucía, la Sierra Nevada y los Pirineos* (...), Sevilla: Imprenta de D. Carlos Santigosa.
- QUADRADO, José María (1844): *Recuerdos y bellezas de España, obra destinada a dar a conocer sus monumentos, antigüedades, y vistas pintorescas en láminas dibujadas del natural y litografiadas por F. J. Parcerisa y acompañadas con texto por _____, [s. l.]: [s. i.], vol. II: Aragón*
- SUCHET, Louis-Gabriel (1828): *Mémoires du maréchal _____ sur ses campagnes en Espagne, depuis 1808 jusqu'en 1814, écrits par lui-même*, Paris: Adolphe Bossange/Bossange Père, 2 ts.
- SUMMER (1836): *A Summer in Spain, being the Narrative of a Tour, made in the Summer of 1835*, London: Smith/Elder and Co.
- VIARDOT, Louis (1849): *Retour de Madrid à Paris en 1834. Souvenir du choléra*, Paris: Plon Frères.
- WILLKOMM, Heinrich Moritz (1852): *Wanderungen durch die nordöstlichen und centralen Provinzen Spaniens. Reiseerinnerungen aus dem Jahre 1850*, Leipzig: Arnoldische Buchhandlung, 2 ts.
- ZAMORA, Francisco (1997): *Viaje por el Altoaragón. Noviembre del año 1794*, ed. de León J. Buil Giral, Huesca: La Val de Onsera.
- ZIEGLER, Alexander (1852): *Reise in Spanien mit Verücksichtigung der national-ökonomischen Interessen*, Leipzig: Friedrich Fleischer, 2 vols.

Estudios y antologías

- AYMES, Jean-René (1986): *Aragón y los románticos franceses (1830-1860)*, Zaragoza: Guara.
- CASTILLO MONSEGUR, Marcos, ed. (1990): *XXI Viajes (de europeos y un americano, a pie, en mula, diligencia, tren y barco) por el Aragón del siglo XIX*, Zaragoza: Diputaciones Provinciales de Zaragoza, Huesca y Teruel.
- ORTAS DURAND, Esther (1999a): *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)*, Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”.
- ORTAS DURAND, Esther (1999b): “El pintoresquismo de personas, tipos e indumentarias aragoneses según los viajeros de la primera mitad del siglo XIX”, en *Localismo, costumbrismo y literatura popular en Aragón. V Curso de Lengua y Literatura en Aragón*, ed. de José-Carlos Mainer y José María Enguita, Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”, pp. 173-200.
- RUBIO JIMÉNEZ, Jesús (1994): “Aragón romántico: entre el pintoresquismo y lo sublime”, en *III Curso de Lengua y Literatura en Aragón (siglos XVIII-XX)*, dir. por Tomás Buesa y José-Carlos Mainer, ed. de José M^a Enguita, Zaragoza: Institución “Fernando El Católico”, pp. 35-62.
- RUBIO JIMÉNEZ, Jesús (1999): “Los viajeros románticos por Aragón”, en *Caminos y comunicaciones en Aragón*, coord. por María Ángeles Magallón Botaya, Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”, pp. 305-315.
- SÁNCHEZ SANZ, M^a Elisa (1994): “Gentes y caminos hacia algunos balnearios aragoneses”, *El Bosque*, 9, pp. 93-102.

El contrabando

ANTONIO JESÚS GORRÍA IPAS

El contrabando fue un fenómeno socioeconómico que formó parte destacada del sistema económico tradicional del Pirineo. Su nacimiento está directamente relacionado con la función de *espacio frontera* que desempeñó el Pirineo en los últimos siglos. Decimos que en los últimos siglos porque, desde la Edad Media y hasta la creación de los Estados centrales nacionales (siglos XVIII y XIX), los habitantes de ambas vertientes del Pirineo tenían unas intensas relaciones socioeconómicas en las que la práctica del contrabando no tenía sentido. La frontera político-administrativa surge con la creación de dichos estados; en los periodos anteriores el comercio fluía con facilidad, sin apenas trabas.

Pero este comercio legal no beneficiaba tanto a la población del Pirineo como el contrabando. Cuando el comercio cobra un carácter de ilegalidad es el momento en el que los montañeses tienen su mayor protagonismo, puesto que el contrabando exige un profundo conocimiento del territorio para burlar los controles fronterizos y eso sólo podían hacerlo las gentes de las montañas.

En todos los valles y poblaciones próximos a la frontera (Ansó, Hecho, Canfranc...) se practicó el contrabando y, en muchos casos, de forma organizada en bandas armadas. Éstas se enfrentaban directamente a los carabineros, sin pretender eludirlos (pues solían estar más y mejor armados), o llegaban a acuerdos con ellos. Rafael Andolz señalaba la poca confianza que desde la administración se tenía respecto a la honradez de los guardias de frontera, generalmente mal pagados y que no dudaban de llegar a “arreglos” con los contrabandistas. Todo ello generó interesantes leyendas; tanto Briet como Beradi cuentan anécdotas donde los contrabandistas aparecen como individuos con



R. Compairé, “Un contrabandista rico”



R. Compairé, “Un paso difícil. Contrabandistas”

unas condiciones físicas y conocimiento del territorio de difícil imitación.

En las leyendas se habla de grupos que superaban los 150 contrabandistas y más de 70 mulas para transportar mercancías. Bien armados, era lógico que los carabineros no pudiesen hacerles frente. Los beneficios que generaba esta actividad no eran pequeños, pues muchas de las grandes fortunas (o “casas grandes”) de los valles pirenaicos tienen su origen en el contrabando.

Pero este tipo de actividad organizada no fue la única, ni la más interesante socialmente. Frente a

este “contrabando de aventureros” existió otra variante, de carácter familiar, que contribuyó de forma más eficaz a fijar la población en el Pirineo.

Si el sistema de relaciones entre las dos vertientes se basaba en la adquisición de objetos, de mercancías, y éstas debían ser pasadas mediante contrabando, es lógico pensar que cuando la frontera fue controlada de forma efectiva, desaparecieron los contactos y relaciones. Dicho control se impulsó de forma especial en la segunda mitad del siglo XIX, pero no fue eficaz. Cuando realmente se controla la frontera –y con ella el contrabando– es como consecuencia de la guerra civil española (1936-39). Así, a partir de los años cuarenta, el contrabando pierde cada vez más protagonismo en los valles pirenaicos y, a consecuencia de ello, se va produciendo un proceso de despoblación que tendrá su momento álgido (aunque ya por otras causas) a partir de los años sesenta del siglo XX.